

Mariairis Flores

“El arte ayuda a mostrar a las personas otras formas de mirar”

MIENTRAS PREPARA JUNTO A NELLY RICHARD LA PRIMERA RETROSPECTIVA DE LOTTY ROSENFELD, LA CURADORA REFLEXIONA SOBRE EL ROL DE LAS MUJERES EN EL ARTE Y ABORDA LOS PREJUICIOS DE QUIENES PERCIBEN EL ARTE COMO UN LENGUAJE CERRADO EN SÍ MISMO: “CUALQUIER EXPERIENCIA QUE TENGAS A PARTIR DEL ARTE TE DEJA ALGO, INCLUSO SENTIR QUE TE ESTÁN CUENTEANDO”.

POR Nicolás Lazo Jerez. RETRATO: Sergio Alfonso López.

Mariairis Flores (32) está sentada ante una taza de té en un departamento del segundo piso del Portal Fernández Concha, frente a la Plaza de Armas, en Santiago. Ahí, de forma discreta aunque ininterrumpida, funciona hace poco más de un año Espacio 218, un sitio dedicado a la exhibición y la investigación de arte contemporáneo, iniciativa de la artista visual Kira Piriz y el antropólogo José Pablo Guzmán.

—La gente llega porque nos conoce en Instagram. Son personas que, más bien, se informan y luego vienen.

Mariairis Flores, historiadora del arte de la Universidad de Chile, oficia de curadora junto a la artista Seba Calfuqueo.

—El año pasado tuvimos más de 1.500 visitas. Considerando los números de otros lugares, eso nos dejó súper conformes.

Desde la ventana llega el rumor de los transeúntes que recorren la calle Compañía y las tiendas de compraventa de joyas. En el departamento el escenario contrasta con esa cotidianeidad: del suelo emergen dos orquídeas descomunales de cuero sintético, usadas en un largometraje reciente de la directora Pilar Quinteros.

El trabajo al frente de Espacio 218 es una más de las actividades que la han mantenido ocupada durante los últimos meses. En paralelo, está abocada a una retrospectiva de la obra de Lotty Rosenfeld (1943-2020) que el Museo Nacional de Bellas Artes montará en septiembre próximo. Nunca, subraya Flores, hubo una exposición de este tipo mientras la artista visual vivió.

—Tenía todos los méritos para recibir el Premio Nacional de Artes, pero tampoco sucedió. Fue falla tras falla, y eso tenía que ser saldado de alguna manera.

—¿Cuál era su valoración de la obra de Lotty Rosenfeld antes de esta muestra?

—Un gesto tan simple como trazar cruces (la obra “Una milla de cruces sobre el pavimento”) abrió un espectro crítico y reflexi-



vo muy profundo. Además, Lotty **Rosenfeld** no solo era artista; también fue gestora de una serie de instancias dentro del campo del arte en los 70 y los 80. Lotty era una mujer activa, con mucha producción. Yo admiro su trabajo. Su obra es más amplia que las cruces, a pesar de que eso la vuelve icónica.

La historiadora no está sola en su misión. La retrospectiva también está a cargo de la ensayista y académica Nelly Richard, quien ha teorizado en más de una oportunidad sobre el Colectivo de Acciones de Arte, fundado por Rosenfeld y otros artistas en 1979.

—Es muy estimulante y una oportunidad enorme. Trabajar con Nelly es como estar en un seminario permanente. Siempre estamos dialogando y discutiendo.

—¿Cómo ha sido ese diálogo intergeneracional?

—En general, diría que ese diálogo, si bien es intergeneracional, también es a la par. Nelly tiene una mirada muy joven. No noto una diferencia respecto a cualquier otra amiga con la que estoy conversando. Quizás sí, porque su mirada es exigente, pero tampoco me siento evaluada cuando estoy con ella, ni mucho menos.

Nacida en Marchigüe, una comuna del valle de Colchagua, Mariairis Flores creció sin demasiados referentes artísticos, pese a que desde niña desarrolló una fuerte inclinación por la escritura. Eso hasta los 15 años, cuando viajó a Santiago junto a su familia para ver la exposición “Andy Warhol en Chile”, instalada en el Bellas Artes entre octubre y diciembre de 2005. “Me rayé y empecé a leer sobre movimientos artísticos”, recuerda.

Al salir del colegio, le interesaban la filosofía, el periodismo, la sociología y “la historia a secas”. Se trasladó a la capital y, casi azarosamente, puso Historia del Arte en el primer lugar de su postulación.

—¿Se sintió diferente por el hecho de venir de una provincia?

—Cuando era chica, no lo veía como un problema. Pero cuando llegué sí me sentí distinta. Sentía que la ciudad era demasiado grande, que los espacios a los que iba no eran míos. Había una sensación física de sentirme de afuera. No había un cuestionamiento de que Chile era un país excesivamente centralizado y que yo estaba replicando eso, porque para mí no había una opción que no fuera estudiar en Santiago... Ahora me siento completamente de acá y extraña cuando voy a Marchigüe. Se invirtió el efecto. Y me da lata, porque hay una especie de obsesión por esa pertenencia.

—¿El arte busca, precisamente, inducir esa distancia respecto a lo conocido?

—Siempre digo que me gustaría volver a Marchigüe. Dado que trabajo con arte contemporáneo, ¿por qué no proponer algo allá? Pero, al mismo tiempo, siento que sería algo demasiado ajeno. Y no hago nada. Está esa dicotomía, porque tampoco quiero imponerlo. No sé. Lo estoy pensando. Espero hacer algo algún día.

—¿El arte contemporáneo es elitista, como suele decirse?

—Mi postura es que el arte contemporáneo es un espacio de reflexión y, en ese sentido, tiene una potencia. Por lo mismo, debería llegar a la mayor cantidad de personas posibles. Ahora, eso es difícil. Pero este último tiempo también he creído que si bien la masividad es importante, tampoco tiene que ser para todos. Ninguna actividad abarca a toda la población.

—¿Qué luchas, si cabe decirlo así, vale la pena librar hoy desde el arte?

—Creo que se trata de generar reflexiones críticas que permitan cuestionar el imaginario del cotidiano. El arte ayuda a mostrar a las personas otras formas de mirar, que la realidad dada no es única ni inamovible, sino que es una construcción.

“Yo encuentro que todo esto es cuentea’o”. Con estas palabras, un estudiante de Pedagogía en Inglés interpeló hace poco a Mariairis Flores durante una visita guiada a Espacio 218. A ella le pareció una impresión legítima.

—Le dije que no tenía por qué gustarle el arte contemporáneo. El punto es que tengas la oportunidad de someterte a la experiencia y, a partir de conocerlo, decir que no te gusta. Estamos trabajando para ampliarlo lo más posible, aunque es difícil. (Pero) no es para un público especializado. Ese es un prejuicio falso, porque cualquier experiencia que tengas a partir del arte te deja algo, incluso sentir que te están cuenteando. Puede que sea una obra forzada y que tengas razón al sentirla de esa manera. Algunas son muy transparentes y otras, más crípticas. Hay que entregarse a la experiencia, no pensar que el arte contemporáneo se quiere pasar de listo contigo.

—¿Ha percibido alguna vez que la están cuenteando?

—Sí, mucho. Hay obras frente a las cuales, siendo una persona que se ha especializado, he dicho: “No, esto no se arma por ninguna parte”. Me ha pasado en más de una ocasión.

Como lo suyo es la historia, actualmente está embarcada en el

“El arte contemporáneo es un espacio de reflexión y, en ese sentido, tiene una potencia”.

proyecto Fondart “Bajo el signo mujer”, una indagación en desarrollo sobre exposiciones de artistas chilenas llevadas a cabo en el país y en el extranjero entre 1973 y 1991.

—Cuando estudié Historia del Arte, no se me enseñó nunca sobre mujeres artistas. Aprendimos un relato canónico sin fisuras. En mis investigaciones sobre la década del 80 encontré catálogos sobre exposiciones de mujeres que tematizaron el hecho de serlo, pero que no estaban recogidas en ninguna parte. Entonces, dije: “Aquí está pasando algo”.

Al inicio y al cierre de ese lapso, dice Mariairis, halló una constante: la imagen de lo femenino asociado al espacio doméstico.

—¿Cuánto se han superado esas ideas sobre la mujer?

—Hoy al menos se entiende que su rol principal no es ser madre. Se le da valor a la artista en cuanto artista. La idea de que la mujer está asociada a la fecundidad sigue vigente, pero menos que antes. Lo materno no puede seguir definiendo a las mujeres. Yo creo en el aborto libre, por ejemplo. Me parece que tiene que ver con la posibilidad de decidir. Si constantemente estás haciendo mención de que la mujer es madre, no abres ese imaginario.

—¿Qué es, a fin de cuentas, el arte feminista?

—Más que hablar de arte feminista, suelo decir “arte y feminismo”. Cuando hablas de arte feminista, cierras, y para mí la obra está abierta. Yo puedo plantear una obra desde el feminismo, pero tú puedes verla y no encontrar nada feminista ahí. Tu lectura es tan válida como la mía, porque la obra no está cerrada. Si dices “arte y feminismo”, aludes a la relación: puede ser como puede no ser. En todo caso, hay una serie de artistas que trabajan desde el feminismo ahora y crean obras capaces de remover las ideas patriarcales. ■

vo muy profundo. Además, Lotty **Rosenfeld** no solo era artista; también fue gestora de una serie de instancias dentro del campo del arte en los 70 y los 80. Lotty era una mujer activa, con mucha producción. Yo admiro su trabajo. Su obra es más amplia que las cruces, a pesar de que eso la vuelve icónica.

La historiadora no está sola en su misión. La retrospectiva también está a cargo de la ensayista y académica Nelly Richard, quien ha teorizado en más de una oportunidad sobre el Colectivo de Acciones de Arte, fundado por Rosenfeld y otros artistas en 1979.

—Es muy estimulante y una oportunidad enorme. Trabajar con Nelly es como estar en un seminario permanente. Siempre estamos dialogando y discutiendo.

—¿Cómo ha sido ese diálogo intergeneracional?

—En general, diría que ese diálogo, si bien es intergeneracional, también es a la par. Nelly tiene una mirada muy joven. No noto una diferencia respecto a cualquier otra amiga con la que estoy conversando. Quizás sí, porque su mirada es exigente, pero tampoco me siento evaluada cuando estoy con ella, ni mucho menos.

Nacida en Marchigüe, una comuna del valle de Colchagua, Mariairis Flores creció sin demasiados referentes artísticos, pese a que desde niña desarrolló una fuerte inclinación por la escritura. Eso hasta los 15 años, cuando viajó a Santiago junto a su familia para ver la exposición “Andy Warhol en Chile”, instalada en el Bellas Artes entre octubre y diciembre de 2005. “Me rayé y empecé a leer sobre movimientos artísticos”, recuerda.

Al salir del colegio, le interesaban la filosofía, el periodismo, la sociología y “la historia a secas”. Se trasladó a la capital y, casi azarosamente, puso Historia del Arte en el primer lugar de su postulación.

—¿Se sintió diferente por el hecho de venir de una provincia?

—Cuando era chica, no lo veía como un problema. Pero cuando llegué sí me sentí distinta. Sentía que la ciudad era demasiado grande, que los espacios a los que iba no eran míos. Había una sensación física de sentirme de afuera. No había un cuestionamiento de que Chile era un país excesivamente centralizado y que yo estaba replicando eso, porque para mí no había una opción que no fuera estudiar en Santiago... Ahora me siento completamente de acá y extraña cuando voy a Marchigüe. Se invirtió el efecto. Y me da lata, porque hay una especie de obsesión por esa pertenencia.

—¿El arte busca, precisamente, inducir esa distancia respecto a lo conocido?

—Siempre digo que me gustaría volver a Marchigüe. Dado que trabajó con arte contemporáneo, ¿por qué no proponer algo allá? Pero, al mismo tiempo, siento que sería algo demasiado ajeno. Y no hago nada. Está esa dicotomía, porque tampoco quiero imponerlo. No sé. Lo estoy pensando. Espero hacer algo algún día.

—¿El arte contemporáneo es elitista, como suele decirse?

—Mi postura es que el arte contemporáneo es un espacio de reflexión y, en ese sentido, tiene una potencia. Por lo mismo, debería llegar a la mayor cantidad de personas posibles. Ahora, eso es difícil. Pero este último tiempo también he creído que si bien la masividad es importante, tampoco tiene que ser para todos. Ninguna actividad abarca a toda la población.

—¿Qué luchas, si cabe decirlo así, vale la pena librar hoy desde el arte?

—Creo que se trata de generar reflexiones críticas que permitan cuestionar el imaginario del cotidiano. El arte ayuda a mostrar a las personas otras formas de mirar, que la realidad dada no es única ni inamovible, sino que es una construcción.

“Yo encuentro que todo esto es cuentea’o”. Con estas palabras, un estudiante de Pedagogía en Inglés interpelló hace poco a Mariairis Flores durante una visita guiada a Espacio 218. A ella le pareció una impresión legítima.

—Le dije que no tenía por qué gustarle el arte contemporáneo. El punto es que tengas la oportunidad de someterte a la experiencia y, a partir de conocerlo, decir que no te gusta. Estamos trabajando para ampliarlo lo más posible, aunque es difícil. (Pero) no es para un público especializado. Ese es un prejuicio falso, porque cualquier experiencia que tengas a partir del arte te deja algo, incluso sentir que te están cuenteando. Puede que sea una obra forzada y que tengas razón al sentirla de esa manera. Algunas son muy transparentes y otras, más crípticas. Hay que entregarse a la experiencia, no pensar que el arte contemporáneo se quiere pasar de listo contigo.

—¿Ha percibido alguna vez que la están cuenteando?

—Sí, mucho. Hay obras frente a las cuales, siendo una persona que se ha especializado, he dicho: “No, esto no se arma por ninguna parte”. Me ha pasado en más de una ocasión.

Como lo suyo es la historia, actualmente está embarcada en el proyecto Fondart “Bajo el signo

mujer”, una indagación en desarrollo sobre exposiciones de artistas chilenas llevadas a cabo en el país y en el extranjero entre 1973 y 1991.

—Cuando estudié Historia del Arte, no se me enseñó nunca sobre mujeres artistas. Aprendimos un relato canónico sin fisuras. En mis investigaciones sobre la década del 80 en-

“El arte contemporáneo es un espacio de reflexión y, en ese sentido, tiene una potencia”.

contré catálogos sobre exposiciones de mujeres que tematizaron el hecho de serlo, pero que no estaban recogidas en ninguna parte. Entonces, dije: “Aquí está pasando algo”.

Al inicio y al cierre de ese lapso, dice Mariairis, halló una constante: la imagen de lo femenino asociado al espacio doméstico.

—¿Cuánto se han superado esas ideas sobre la mujer?

—Hoy al menos se entiende que su rol principal no es ser madre. Se le da valor a la artista en cuanto artista. La idea de que la mujer está asociada a la fecundidad sigue vigente, pero menos que antes. Lo materno no puede seguir definiendo a las mujeres. Yo creo en el aborto libre, por ejemplo. Me parece que tiene que ver con la posibilidad de decidir. Si constantemente estás haciendo mención de que la mujer es madre, no abres ese imaginario.

—¿Qué es, a fin de cuentas, el arte feminista?

—Más que hablar de arte feminista, suelo decir “arte y feminismo”. Cuando hablas de arte feminista, cierras, y para mí la obra está abierta. Yo puedo plantear una obra desde el feminismo, pero tú puedes verla y no encontrar nada feminista ahí. Tu lectura es tan válida como la mía, porque la obra no está cerrada. Si dices “arte y feminismo”, aludes a la relación: puede ser como puede no ser. En todo caso, hay una serie de artistas que trabajan desde el feminismo ahora y crean obras capaces de remover las ideas patriarcales. ■